

Por qué decir con mis palabras lo que pienso cuando otras personas ya lo dijeron de la forma más perfecta posible:

*“La cuna nos mece sobre el abismo y el sentido común nos dice que la existencia no es más que un atisbo de luz entre dos eternidades en tinieblas” (Vladimir Nabokov)*

*“Tan sólo la expresión puede dotar de realidad a la realidad. Y la realidad no está en la realidad, sino solamente en la expresión” (Yukio Mishima)*

Existe una gran diferencia entre escribir para uno mismo o escribir para los demás. Cuando escribo para mí, lo hago por apaciguar o clarificar ciertos pensamientos enrevesados, como una panacea amarga. Si otras personas van a leerme, debería transformar un discurso sátrapa y crudo en algo democrático y legible. Sin embargo, es en la pintura donde expreso la única visión que tengo de una verdad desnuda, por lo que escribir de una forma incoherente con esa armonía me convertiría en uno de tantos fallecidos intelectualmente por la tendencia. Pues bien, es tendencia que el artista haga una declaración para facilitar la comprensión y venta de su obra.

Mi labor la llevo a cabo en un pequeño piso de Madrid, concretamente en una estancia de reducido tamaño que sirve tanto de salón-comedor como de íntimo estudio y en donde los olores de la cocina y la pintura conviven con la luz que baña el espacio. Comparto totalmente las afirmaciones del artista Andrew Wyeth que cito textualmente: “Soy un fanático de la pintura. Estoy obligado a seguir ese camino. Es una necesidad perentoria. Contar con un buen tema me hace feliz, pero luego paso por un infierno hasta que lo consigo. Necesito una conexión clara con él.” Considero que un cuadro es una frase compleja sin principio ni final. Debe impactar y debe guardar un misterio que denote su atemporalidad. Quizás por eso disfrute con el desnudo, porque dota a la obra de ese carácter atemporal que a su vez remarca nuestra fragilidad.

No provengo de una familia de pintores –aunque desde pequeño contemplaba en mi entorno cierta habilidad e interés por el arte– y la única formación artística que poseo se remonta a mis dieciséis años, en el clásico taller de maestro-aprendiz. Recuerdo por entonces vivir una de las épocas más felices de mi vida. Enfocado durante un año exclusivamente al dibujo, me preparaba para superar la prueba de acceso a la carrera de Bellas Artes que, dada mi sensibilidad, se presentaba como mi única opción posible. El aprendizaje llegó a ser tan intenso que habitualmente expulsaba mucosidades negras debido a la inhalación del polvo del carboncillo. Tras aquella entrada en lo desconocido, comencé a vislumbrar toda la pasión y las ganas de saber que me suscitaba. Pero este fervor, dado el objetivo de tanta preparación, no se transformó en interés alguno por la pintura. Mi maestro vio en mí un talento innato hasta el punto de reconocérmelo seriamente. Sin embargo, el destino hace buena pareja con la ironía y mi examen de admisión fue denegado, lo cual me dejó en un punto muerto, sin saber qué camino tomar. Meditándolo ahora, confieso que este suceso fue providencial.

En este punto, mi futura formación viró hacia dos nuevas carreras de Restauración de Bienes Culturales, abriendo ante mí los inabarcables conocimientos técnicos en la ejecución y teoría del arte antiguo. A lo largo de los siguientes años me especialicé en documento gráfico, aumentando mi amor por los libros y completando así el orbe técnico y teórico.

Paradójicamente, a un restaurador le está totalmente prohibido el uso de habilidades artísticas al tener como dogma ser completamente fiel a la obra y su creador. Esta sequía creativa y el hecho de no formarme a través de una carrera artística potenció mi nula necesidad de pintar en compañía y debatir sobre las formas de expresión de cada cual. Por ello nunca he pretendido formar parte de ningún grupo o tendencia de estilo. Mi naturaleza y trabajo se han regido fundamentalmente de una profunda soledad que intento tener presente, pues sé que te vence cuando la olvidas.

Mi andadura seria en la pintura no comenzó hasta bien entrado el año 2011, cuando yo tenía 24 años. Mi primera obra –que interpreta un marcado suceso cercano en mi niñez y la cual me robaron un año después en Salamanca–, la presenté en un certamen nacional. Allí fue objeto de admiración por el pintor Antonio López, suceso por el cual nos conocimos y entablamos amistad. Su habilidad para disiparme las dudas y preocupaciones de la vida y así poder centrarme sin distracciones en lo trascendental ha sido encomiable. Casi toda mi pintura se fundamenta en un estudio fotográfico previo. Al principio posaba desnudo hasta el hartazgo siendo yo mi propio modelo, con mis diferentes estados de ánimo, casi siempre pesimistas y trágicos. Debido a mis conocimientos técnicos, casi nunca utilizo bastidores manufacturados. Entiendo que el diálogo con la obra debe entablarse desde el principio y por ello soy yo quien monta los bastidores, tenso y clavo la tela y aplico mi propia imprimación; es algo con lo que disfruto enormemente. El tema de mi obra es todo aquello que está cerca de mí, lo que me rodea y me produce una inquietud o, por el contrario, grandes inquietudes interiores que necesitan de un modelo para expresarse. Necesito dar forma a ese pozo de emociones que somete a mi entendimiento porque si me quedo paralizado acabo por contemplar un panorama nihilista. Comienzo a ver a las personas y solo puedo contemplar un volumen dado por una luz que se va, espectros intentando distraerse con la mundanidad, que no se cuestionan de qué sirve lo que son si sólo importa lo que les dejan ser. Toda esta vorágine resulta aterradora.

Entiendo que sea difícil huir de toda tendencia comercial para causar admiración. A ese respecto he tenido la fortuna de que no fuese el mercado el primero que decidiese que yo era importante para sus fines sino las personas que tanto me apoyan y que aprecian el valor de mi obra. Quizás la cercanía de mis temas y mi estilo realista sean razones de peso para que haya gente que no valore mi trabajo. Sin embargo, prefiero mirar hacia aquellos que defienden la forma que tengo de expresarme porque ven en mis trazos una verdad sin artificios. Esto es lo único que me importa y no el hecho de resultar original: la originalidad radica en la ignorancia de quien la contempla.

Miguel Tadeo